# TRUCOS DE NOVELAS POLICIACAS Y CERVANTES

ROSA NAVARRO DURÁN

*Universidad de Barcelona*

Miguel de Cervantes ofrece al lector en sus narraciones "una mesa de trucos", como él mismo dice en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*, y aunque se esté refiriendo a un juego parecido al billar, me tomo la licencia de quitar de la expresión la palabra "trucos" para dar título a este breve ensayo, que nace a la vez como homenaje al gran escritor al conmemorar el cuarto centenario de su muerte y como una muestra más de la perenne actualidad de su arte narrativa, que incide en todas sus modalidades.

Las novelas policiacas tienen unos ingredientes que no son exclusivos suyos, pero en ellas se convierten en rasgos del género al acumularse o desempeñar un papel esencial y podemos creer que nacieron con él; sin embargo, si leemos a Cervantes, descubriremos que muchos de ellos están ya en sus textos y que además en ellos funcionan con precisión y eficacia.

## EL RASGO ESENCIAL DEL GÉNERO: EL SUSPENSE

No hay más que analizar el horizonte de expectativas que tenemos al empezar a leer una novela policiaca y enseguida pensamos en el suspense con el que vamos a encontrarnos. Pues si vamos al capítulo VIII de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, veremos que una batalla queda suspendida en su momento culminante; están las espadas en alto de sus dos contendientes, don Quijote y el vizcaíno, mientras todos los presentes están "temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban". Y acto seguido, ante nuestro estupor, el narrador nos dice: "Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito de estas hazañas de don Quijote de las que deja referidas" (103-4). En el capítulo siguiente, que inicia una llamada "segunda parte", seguimos igual: "Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas […]; y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba" (105).

¿Hay mayor suspense que el de este episodio cuyo desenlace queda pendiente? Y además el narrador lo subraya porque lo que falta no es lo sucedido, sino el relato de lo que sucedió. Vemos en foto fija ese momento crucial del combate, y empieza entonces el relato de las circunstancias que llevan al hallazgo de la continuación de la historia. Si esta se hubiera quedado así, el lector se sentiría frustrado, y el relato quedaría cojo; pero no es este precisamente el estilo de Cervantes. El propio narrador que inicia esta "segunda parte" habla de su pesadumbre y añade: "Pareciome cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escrebir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes" (105).

No cuento lo que sucede hasta lograr encontrar el relato de la continuación aunque ganas no me faltan por lo sabroso que es, sino que enlazo con el comienzo que resuelve tan largo suspense: "Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno…"(110). Una vez encontrada la continuación, hago mutis por el foro porque queda la página abierta para todos.

Ejemplo clarísimo, pues, de suspense. Pero en Cervantes a menudo nada es solo lo que parece ser, y en este caso el episodio es una referencia burlesca al final de la *Segunda parte de la Araucana* de Alonso de Ercilla, porque en él queda interrumpida la batalla entre Rengo y Tucapel, a la que había dedicado el escritor madrileño nada menos que once octavas.

Rengo había herido a Tucapel, y "el impaciente bárbaro ofendido", arroja el escudo, y, poseído de furor infernal, "de suerte alzó la espada que yo os juro / que nadie allí pensó quedar seguro". El narrador avisa a su contrincante, "¡Guarte, Rengo, que baja, guarda, guarda, / con gran rigor y furia acelerada / el golpe de la mano más gallarda / que jamás gobernó bárbara espada!". Y luego añade: "Mas quien el fin de este combate aguarda / me perdone si dejo destroncada / la historia en este punto, porque creo / que así me esperará con más deseo" (Ercilla II, 269). Y, en efecto, se acaba la *Segunda parte*, que se publicó en 1578, y la *Tercera parte de la Araucana* no apareció hasta 1589, ¡once años después! Mucho duró el suspense, tanto que los lectores pudieron olvidarse de esa espada en alto; pero no lo hizo Cervantes, que también recuerda el "¡Guarte, Rengo…!" en el canto VIII del *Viaje del Parnaso* (1615) imitándolo en su "Guarda, Apolo, que baja (guarte, Rengo) /

el golpe de la mano más gallarda / que ha visto el tiempo en su discurso luengo"(-Cervantes, *Poesías* 379).

Clemencín y Rodríguez Marín, comentaristas del *Quijote*, ya reconocieron en ese suspense de la lucha entre el vizcaíno y don Quijote el enfrentamiento interrumpido entre Rengo y Tucapel, aunque en los últimos años se ha puesto bastante en olvido, y es una lástima porque el guiño literario que tiene el genial suspense viene cargado de la magistral ironía del alcalaíno.

## EN EL ÚLTIMO MOMENTO

¡Cuántas veces hemos vivido ese momento angustioso en que está a punto de suceder lo que tanto tememos! Me refiero siempre a la lectura, no a la vida. Vemos que el protagonista está al borde de caer en la trampa que le tienden, o sabemos que, si no llega a tiempo, van a matar a la persona secuestrada. Todo está pendiente de un hilo. Y se ha llegado a esa situación extrema por una confusión, porque se le ha escapado un detalle al protagonista, porque le falta un dato, porque…¡hay tantas razones posibles!

Pues vayamos esta vez a una de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, *La española inglesa.* Los dos enamorados protagonistas se separan: ella se irá a España –a Cádiz o a Sevilla–, y él emprenderá una peregrinación a Roma para que sus padres no lo casen con otra dama como pretenden. Ricaredo le promete a Isabela que irá a su encuentro en el plazo de dos años y que solo la muerte podrá impedirlo.

Cuenta poco después el narrador: "Año y medio era ya pasado cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos comenzó con más ahínco que hasta allí a fatigar el corazón de Isabela"(Cervantes, *La española*…85). El lector empieza a sospechar que va a pasar algo tras la mención de ese año y medio ya pasado. Y en efecto, le llega a Isabela una carta de la madre de Ricaredo dándole la tristísima noticia de su muerte a traición por su rival el conde Arnesto, y le cuenta además que su paje Guillarte fue testigo de tal asesinato.

No hay duda de la verdad de la noticia: "Por la letra y por la firma no le quedó que dudar a Isabela para no creer la muerte de su esposo. Conocía muy bien al paje Guillarte, y sabía que era verdadero y que de suyo no habría querido ni tenido que fingir aquella muerte"(86). Ante tal pérdida, Isabela, muy serena, toma una decisión irrevocable: hacerse monja. Son sus padres los que le ruegan que espere a que pase el plazo de los dos años prometidos, y ella accede.

El lector no ha perdido, en cambio, las esperanzas y confía en que sea mentira lo que la carta dice. Se crea, por tanto, una situación de suspense, aunque muy distinta a la descrita antes. Y llega el día en que Isabela va a tomar el hábito, y llega también el último instante: "al tiempo que ya Isabela tenía un pie dentro de la portería del convento, donde habían salido a recibirla, como es uso, la priora y las monjas con la cruz…"; pero justo entonces un cautivo le grita: "Detente, Isabela; detente, que, mientras yo fuere vivo, no puedes ser tú religiosa"(89). Y, en efecto, como suponemos y esperamos, ¡es Ricaredo!

Luego vendrá la explicación de la falsa noticia: es cierto que el conde Arnesto y sus criados le habían disparado al joven cuatro pistoletes, pero su paje se había arrojado por una ventana al grito de "¡Desventurado de mí, que han muerto a mi señor!"(93), y no había parado de huir hasta llegar a Inglaterra. Ricaredo puntualiza muy bien cómo todo se lo contó el posadero, porque él no estaba en condiciones de enterarse de lo que había sucedido.

El final feliz está ya cantado. Cervantes ha utilizado para demorarlo dos trucos que aparecen a menudo en novelas policiacas: la falsa noticia avalada por todas las pruebas posibles, y el llegar al último extremo para que el hecho salvador evite la catástrofe. El lector de uno y otros textos no pierde nunca la esperanza porque tal dilación la conlleva y confía en que al final se resolverá; aunque no puede llegar a sospechar de qué modo el escritor construirá de forma verosímil el ansiado final feliz.

## UNA SITUACIÓN COMPROMETIDA

El comienzo de *Las dos doncellas* –otra de las *Novelas ejemplares*– atrapa enseguida al lector porque enlaza un misterio a una situación comprometida, y este en parte sospecha lo que sucede, aunque con sorpresa va a descubrir que le falta un detalle esencial.

Llega a un mesón un joven muy guapo, va sobre un pequeño caballo y sin acompañante alguno. Sin esperar a que le tengan el estribo, baja a toda prisa de él y se sienta en el poyo que hay en el portal, da muestras de sentirse mal y tiene un ligero desmayo. Al volver en sí, pide un aposento para él solo, y como el mesonero le dice que solo le queda uno con dos camas, le pagará las dos a condición de no compartirlo, y luego cerrará muy bien la puerta. El lector, con experiencia en novelas y obras de teatro de la Edad de Oro, sabe bien que ese raro comportamiento responde a un hecho: el guapo joven no es un hombre, sino una mujer disfrazada de hombre.

Al poco llega al mismo mesón otro gallardo huésped. La mesonera se asombra al ver que han llegado a su casa, uno tras otro, dos jóvenes tan guapos: "¡Válame Dios! ¿Y qué es esto? ¿Vienen, por ventura, esta noche a posar ángeles a mi casa?"(Cervantes, *Las dos doncellas* 135). Sus palabras pican la curiosidad del recién llegado, al que le dicen que no puede quedarse por no quedar libre aposento alguno. La explicación de ambas cosas llevará al joven a ver como sea a ese guapísimo y misterioso joven y se quedará a cenar en el mesón. Un alguacil y el mesonero compartirán con él la conversación y el vino, y de todo ello vendrá la idea del caballero de compartir la cama libre del aposento cerrado. El escudo de oro que ofrece convence al mesonero, pero no sabe cómo conseguir que el huésped anterior abra la puerta. El alguacil dará la solución: él llamará en nombre de la justicia y dirá que por mandato del señor alcalde, al no haber otra cama vacía, hay que darle la del aposento ocupado al nuevo huésped. Y así se hará.

Tenemos ya la situación comprometida: dos guapos mozos compartiendo aposento, y el lector sabe bien que uno de ellos es una mujer. ¿Qué va a pasar? Si los dos callaran, podría no suceder nada; pero la trama está formada de sucesos, no de amaneceres sin historia en aposentos.

Y a media noche el primer huésped empieza a suspirar, sollozar y murmurar, de forma que despierta al recién llegado, que atento se pone a escuchar y, a pesar de que las camas estaban bien separadas, puede oír todo el discurso de la dama disfrazada de hombre quejándose del traidor Marco Antonio, el burlador de su honra.

No tiene ya duda tampoco el segundo huésped de que comparte aposento con una mujer. Suprimo detalles para llegar a que, ante la comedida petición del joven, la dama, que se llama Teodosia, le hace confidente de su desgraciada situación y del propósito que le ha llevado a vestirse de hombre. Tras escuchar el relato entero, el joven es el que se pone entonces a suspirar y a dar vueltas en la cama; y ante la pregunta de Teodosia, le confiesa que es ella la causa de su desasosiego. Tanto la dama como el lector se inquietan, y ella acude al único remedio que tiene en sus manos ante tal situación: se viste, coge su espada y daga y se sienta en la cama esperando impaciente a que amanezca.

Será el joven el que abra las ventanas diciendo a Teodosia que no la va a abandonar hasta que logre que Marco Antonio cumpla su palabra. ¿Y a quién descubrirá ella como compañero de su noche en vela? ¡Nada menos que a su hermano! Es decir, al guardián de su honra, a quien la propia joven ha confesado tal pérdida. Estamos al comienzo del relato, y no puede acabar mal este encuentro; y así feliz-

mente don Rafael será no el verdugo de la deshonrada Teodosia, sino su compañero de viaje en busca del caballero sin palabra, del burlador.

Esa habitación compartida por una hermosa dama disfrazada de hombre y un guapo joven aparece también en una colección francesa de novelas cortas del siglo XV, *Les cent nouvelles nouvelles* (Paris, 1486), que presenta otras llamativas concordancias con textos de Cervantes; aunque hay una diferencia en la situación comprometida tal como está presentada en ambos textos.

En la novela 26 de *Les cent nouvelles nouvelles* se nos cuenta la historia amorosa de Katherine y Gerard en el ducado de Brabante. Como remedio a apagar las habladurías que rodean sus amores y dado que ella es de superior condición social y riqueza, le pedirá a Gerard que se marche un tiempo, y que las cartas sirvan de lazo entre ambos. Él se irá con gran dolor, jurándole amor eterno. Acallados los rumores, Katherine se verá rodeada de pretendientes, y uno de ellos será tan del gusto de su padre que logrará su mano. La inteligente joven, en vez de oponerse, le pedirá que le deje cumplir una promesa suya, la de ir en peregrinación a San Nicolás de Warengeville (es lo mismo que hará Ricaredo en *La española inglesa*); y en lugar del cortejo que le ofrece su padre como compañía, ella le dice que se vestirá de hombre y que llevará como fingido criado a su tío bastardo. Montados los dos en pequeños caballos, llevaran a cabo la peregrinación, pero luego ella, que ha adoptado el nombre de Conrard, le rogará a su tío que se acerquen al castillo donde está sirviendo Gerard a un señor.

Llegan a una hostería, y –abreviando mucho– Gerard y Conrard, por ser ambos de Brabante, serán alojados en la misma habitación. Tenemos una situación parecida a la de la novela de Cervantes; solo que en este caso la dama vestida de hombre es la enamorada del joven, que no la ha reconocido. Conrard fingirá estar enamorado y sufriente, y Gerard le dirá que es un bobo, que tiene que imitarle: él estaba también locamente enamorado de una joven, y el remedio para olvidarla ha sido enamorarse de otra. ¡Qué dolor siente Katherine ante la confesión de ese joven al que tanto quiere! Pero no se deja arrastrar por la ternura femenina, sino que desempeña muy bien el personaje que representa: "Et la trèsbelle Katherine estoit de mal tant oppressée, voyant et oyant la desloyauté de celuy qu'elle aymoit plus que tout le monde, qu'elle se souhaitot morte. Non pourtant elle adossa la tendreur feminine, et s'adouba de virile vertu" (*Les cent nouvelles* 120). Lo único que hará será escribirle una carta a su ingrato amor contándoselo todo y haciéndole ver cómo ha dormido en su misma habitación sin advertirlo.

Cervantes había leído esta novela –en francés o en alguna versión italiana– y cambia por completo esa situación comprometida: la dama vestida de hombre comparte aposento no con su galán, que no la reconoce, sino con su hermano, que sí lo hará después de escuchar su relato. El reconocimiento disuelve la tensión, y felizmente no desemboca en una tragedia, sino en una alianza entre los dos hermanos.

## LA MAESTRÍA EN LA DEDUCCIÓN

Sabemos bien que la deducción es una piedra angular del método científico, y que también lo es de las novelas policiacas. ¡Qué sería de Sherlock Holmes sin el inteligente y continuo uso de la deducción! No habría podido solucionar ni la mitad de los casos. Pues Cervantes hace que uno de sus inteligentes personajes femeninos nos dé a todos una lección magistral apoyándose en un mínimo detalle, que podría pasar desapercibido a muchos detectives.

Seguimos aún en las páginas de *Las dos doncellas*. Las dos damas protagonistas andan por los caminos disfrazadas de hombre porque han caído en las redes amorosas del mismo gallardo galán, Marco Antonio. Ya hemos conocido a su primera víctima, Teodosia, o Teodoro bajo su disfraz masculino. Cuando ella, su hermano y un criado, están llegando a Igualada, se topan con las víctimas de una cuadrilla de bandoleros. Y a Teodoro le llama enseguida la atención "ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad al parecer de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo, pero tan hermoso el rostro que forzaba y movían a todos que le mirasen"(151). Lo desatará enseguida, y el criado le prestará su capa y su mula; el hermoso joven se incorporará al cortejo, porque, como ellos, va a Barcelona y además les dice que es de un pueblo de Andalucía muy cercano al suyo.

Esa noche apenas pueden dormir los dos hermanos porque le han preguntado al atractivo joven datos de su familia y lo han cazado en una mentira tras otra. Pero además hay algo que llama la atención de la disfrazada Teodosia: "… estando a la mesa, y con ellos el mancebo que habían desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenía las orejas horadadas; y en esto y en un mirar vergonzoso que tenía sospechó que debía de ser mujer"(152-3). ¿Hay más fina observación y deducción?

Vendrá la confirmación en una escena deliciosa. Están los dos –las dos– de pechos en una ancha ventana que daba a la calle, y Teodoro le dice al guapo mozo que sospecha que es una mujer y le argumenta: "De que no seáis mujer no me lo podéis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se ve esta verdad bien clara;

y habéis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada" (154). Y se lo dice con conocimiento de causa porque Teodoro domina muy bien el arte de enmascarar su condición femenina. No lo podrá negar ni lo negará Leocadia, que así se llama esa hermosa mujer, que le va a revelar su desgraciado amor por Marco Antonio sin saber que se lo está confesando precisamente a su rival.

Las orejas agujereadas es lo que revela la condición femenina de ese atractivo joven, y quien las ha visto y ha sacado la correcta deducción es precisamente otra mujer. Un mínimo detalle, pero esencial en el desarrollo de la trama. Pura maestría cervantina.

## EL ANUNCIO DE UN VIOLENTO SUCESO Y UNA DETECTIVE EN ACCIÓN

Abrimos ahora una tercera *Novela ejemplar*: *La fuerza de la sangre,* porque su inicio es un ejercicio soberbio de atmósfera anunciadora de que a va suceder algo desastroso. Se nos presenta el tiempo, "una noche de las calurosas del verano", el lugar y los personajes: "volvían de recrearse del río en Toledo un anciano hidalgo con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años y una criada". Se precisa el momento: "La noche era clara; la hora, las once", y esa claridad forma ya parte del anuncio del próximo suceso. Se complementa enseguida con otra nueva precisión significativa: "el camino, solo, y el paso, tardo". La soledad del camino, la claridad del momento las ve el lector como luces rojas anunciando el peligro.

El narrador va a ser enseguida más explícito sin dejar aún escapar detalle alguno del suceso anunciado: "Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venía el buen hidalgo con su honrada familiar, lejos de pensar en desastre que sucederles pudiese"; y a continuación, un temible "pero" va a indicar que el hidalgo se equivoca por completo porque le iba a suceder una gran desdicha que lamentaría muchos años. Acto seguido se retrata el personaje que la va a causar: "Hasta veinte y dos tendría un caballero de aquella ciudad a quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinación torcida, la libertad demasiada y las compañías libres le hacían hacer cosas y tener atrevimientos que desdecían de su calidad y le daban renombre de atrevido". Ese es el caballero cuyo nombre se encubre bajo el de Rodolfo: noble, rico, un desalmado sinvergüenza, de malos pasos y peores actos. Viene acompañado de cuatro amigos suyos, "todos mozos, todos alegres y todos insolentes", y así se forma el escuadrón de los lobos que sembrará

la desgracia en el de las ovejas, antes descritas (Cervantes, *La fuerza*…75-6). El enfrentamiento acabará con el rapto de la bella joven y su violación en una estancia de la casa del irresponsable Rodolfo.

Vamos a ese aposento, ya consumada la violación; y mientras el canalla va a en busca de sus camaradas para pedirles consejo sobre lo que debe hacer, encontramos a Leocadia sola, encerrada. Tienta las paredes con las manos para ver si encuentra una puerta o ventana por donde arrojarse; la puerta está bien cerrada, logra abrir la ventana, "por donde entró el resplandor de la luna", pero tiene rejas y da a un jardín cerrado con altas paredes. Con esa luz lunar Leocadia puede ver el aposento: la cama, dorada y lujosa; cuenta las sillas y los escritorios, pero no logra distinguir las pinturas de las tablas de las paredes. Llega a la conclusión de que el dueño de la estancia debía de ser "hombre principal y rico". Por último, ve un pequeño crucifijo de plata en uno de los escritorios que estaba junto a la ventana, "y se le puso en la manga de la ropa, no por devoción ni por hurto, sino llevada por un discreto designio suyo" (82-3). Leocadia es una detective maravillosa, que no se amilana ante su terrible circunstancia, y que además coge una prueba, que va a ser decisiva. Va a tener ocasión de reconocer ese lugar.

Han pasado casi ocho años, porque Luis, el precioso niño que nace de tal violación tiene ya siete años. Un día, en la calle, lo atropella un caballo; y un señor, rico y noble, al ver al niño sin sentido y ensangrentado, lo lleva rápidamente a su casa. La siguiente escena sucede en un aposento de ella, a donde acuden, desesperados al enterarse del accidente, Leocadia y sus padres.

La bella joven, tras sosegarse porque el niño ha vuelto en sí y el médico le dice que la herida no es grave, empieza a examinar el aposento adonde lo han llevado y reconoce la estancia. No descuida Cervantes un detalle: el paso del tiempo que lleva a cambiar las cortinas: "Y aunque no estaba adornada de los damascos que entonces tenía, conoció la disposición de ella, vio la ventana de la reja que caía al jardín". La cama, el escritorio de la imagen que se llevó, y "finalmente, sacaron a luz la verdad de todas sus sospechas los escalones, que ella había contado cuando la sacaron del aposento tapados los ojos". No lo había dicho el narrador en su momento, y por ello ahora insiste de esta forma: "digo, los escalones que había desde allí a la calle, que con advertencia discreta contó" (90-1); los cuenta Leocadia al dejar su hijo descansando y regresar a su casa, porque es ese el momento en que el contarlos adquiere sentido.

Leocadia es otro de los grandes personajes femeninos de Cervantes, como lo va a ser doña Estefanía, la madre del irresponsable y desalmado joven al que solo conocemos como Rodolfo.

El esquema de la novela, es decir, la violación de la que nace un niño, y el posterior reconocimiento del joven como autor de la agresión gracias a un objeto que la prueba, lo toma Cervantes de la comedia de Terencio *La hécira,* como señala José Román Bravo (Terencio 729). Pero esa genial joven detective es suya, exclusivamente de su invención; y también lo es la preparación del clímax que estalla en la acción brutal de la violación.

¿Alguien duda de que Cervantes domina el arte de la narración y sabe sacar de vez en cuando de su sombrero de prestidigitador trucos de novela policiaca? Suspense, atmósferas, situaciones comprometidas, detectives, deducciones…, y más, mucho más.

## BIBLIOGRAFÍA


Cervantes, Miguel. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. dirigida por F. Rico. Barcelona: Crítica, 1998.

———. *El licenciado Vidriera. La fuerza de la sangre.* Ed. de R. Navarro Durán. Madrid: Alianza editorial, 2014.

———. *La española inglesa. La ilustre fregona.* Ed. de R. Navarro Durán. Madrid: Alianza editorial, 2014.

———. *La gitanilla. Las dos doncellas*. Ed. de R. Navarro Durán. Madrid: Alianza editorial, 2015.

———. *Poesías*. Ed. de A. J. Sáez. Madrid: Cátedra, 2016.

Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Ed. de Marcos A. Morínigo e Isaías Lerner. Madrid: Castalia, 1979, 2 vols.

*Les cent nouvelles nouvelles*. Paris: Garnier Frères, 1880.

Terencio. *Comedias.* Ed. de J. Román Bravo. Madrid: Cátedra, 2001.